



VOL: AÑO 8, NUMERO 22
FECHA: MAYO-AGOSTO 1993
TEMA: LO PÚBLICO Y LO PRIVADO
TÍTULO: **Francisco Galván**
AUTOR: **Rafael Farfán H. [*]**
SECCION: Semblanzas

TEXTO

Hace aproximadamente veinte años llegó a la ciudad de México un joven procedente de Tampico, Tamaulipas. Como tantos otros provincianos que emigran a esta ciudad, en su maleta traía algo más que las escasas pertenencias con las que salió de la tierra en que su familia se había establecido. Venía también cargado de sueños y proyectos que empezó a concebir muy temprano, en su adolescencia, al calor de unas lecturas que lo distinguían del resto de los jóvenes de su generación. Lector insaciable, pronto abrazó la militancia política de izquierda y así selló una unión entre cultura y política que sólo la muerte extinguiría.

Hijo de la educación pública gratuita, de ella aprovechó y asimiló todo lo que ahí se nos ofrece: desde lo elemental hasta los estudios superiores. Ello significó que en su formación se confundirían, en una mezcla extraña, desde el nacionalismo folclórico hasta el cosmopolitismo de ideas y valores. Por desgracia, el marcado acento que puso en lo primero a veces le impidió conocer y gozar las expresiones artístico-culturales del Occidente moderno, a pesar de que ahí pasó una parte importante de su vida. Hizo de su ignorancia virtud y, con una franqueza desarmante, confesaba que de arte sabía poco o nada... y que además le tenía sin cuidado. Pero esta gran limitación él no la convirtió en el punto de partida de una actitud intolerante frente a lo que ignoraba, por el contrario, lo obligó a asumir una apertura sin que ello significara tener que claudicar o ceder en su posición ética central: que la cultura y quienes la producen son portadores de una gran responsabilidad social y política ante una sociedad, como la nuestra, cuyo perfil se define por sus grandes carencias e injusticias.

De la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM viajó a la antigua República Democrática de Alemania, en donde ingresó a la Universidad de Leipzig para estudiar una maestría en Sociología, gracias a una beca otorgada por el Partido Comunista Mexicano. Transcurría entonces la década de los setenta. En la Alemania Democrática, al igual que en México, se distinguió no sólo por su insaciable sed de conocimientos, sino porque extendió su actitud crítica a la realidad social y política que tenía frente a sí: la del socialismo burocrático. Para cerrar con broche de oro su disidencia e inconformidad, se embarcó en un proyecto de tesis de maestría que no podía ser más explosiva que el autor que eligió: Max Weber. Así fue como se convirtió en un exhumador de documentos raros y de libros en un país que aparentemente ofrecía todo, menos las condiciones para elaborar una tesis sobre Weber, ese sociólogo al que la nomenclatura intelectual del este alemán calificaba de "burgués-imperialista". A pesar de ello, y de la misma realidad del "socialismo real", culminó y presentó su tesis, que era un verdadero monumento de investigación. Dos tomos que suman más de mil páginas y que un día, como parte de lo mucho que quiso

hacer, traduciría al español. Hoy, simplemente, es parte de esa estela de documentos que dejó tras de sí como huella de su paso por este mundo.

Regresó a México a comienzos de la década de los ochenta. De aquel joven que un día dejó su familia y la ciudad en la que creció ya no quedaba casi nada. En su lugar estaba alguien en plena madurez intelectual pero que seguía conservando algo intacto: su intensa imaginación creadora y su voluntad para emprender proyectos a través de los cuales materializar sus anhelos. La realidad a la que se enfrentó al retornar al país no era, sin embargo, la más propicia para llevar a cabo sus sueños e ideales. Era la época de la inflación y la crisis económica, un tiempo de inestabilidad y corrupción política que ahondaba más todavía la brecha milenaria de nuestra injusticia social. Se enfrentó entonces al difícil problema de conseguir una plaza académica en una universidad que le diera seguridad económica pero también la oportunidad de llevar a cabo sus múltiples proyectos. Su primera opción fue la UNAM, en la Facultad en la que comenzó su formación como científico social. Lamentablemente dicha institución no pudo o no quiso comprender lo que este joven profesor, recién desembarcado de Alemania del Este, traía para ofrecerle y por lo tanto no le proporcionó las condiciones que requería para llevar a cabo sus planes. Una feliz casualidad lo llevó a las puertas de una universidad también joven que se adaptaba a sus ímpetus y necesidades; ella fue la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, en cuyo Departamento de Sociología se mantuvo de 1982 hasta el momento de su muerte.

Desde que ingresó a la UAM dividió su tiempo entre la docencia y la investigación, aunque nunca pudo equilibrar ambas actividades pues en muchas ocasiones supeditó la enseñanza a las tareas prioritarias de la investigación y la difusión de ideas que se fijó. Fue un buen profesor, aunque no siempre responsable, por cuyas aulas pasaron muchas generaciones de estudiantes, desde los cursos de Doctrinas Políticas y Sociales hasta los de Teoría Sociológica y los seminarios de Sociología Política. En todos aquellos alumnos que por ahí pasaron dejó una huella, un recuerdo, una experiencia por la que será recordado. Sin embargo, lo más significativo de su trabajo docente es que lo vinculó a las tareas de investigación y difusión de ideas que se planteó llevar a cabo. De esta relación entre docencia e investigación nacieron productos que forman parte del acervo bibliográfico del Departamento de Sociología. Quiero citar, por lo menos, los siguientes trabajos: el Cuaderno Docente núm. 34, dedicado a Alain Touraine y la Escuela de Frankfurt, en el que colaboran principalmente alumnos cuyos ensayos eligió como los más destacados para formar esta publicación; el libro Touraine y Habermas: ensayos de teoría social, de 1986, en el que aparecen ensayos, entre otros, de Habermas y Alain Touraine; su colaboración al libro Max Weber: elementos de sociología, de 1985, coordinado por la maestra Catherine Nelson, quizás una de sus contribuciones principales a la ciencia social en México, pues en ella recrea con precisión de historiador las condiciones institucionales y políticas que hicieron posible el surgimiento de la sociología en Alemania; por último, un libro del que fue coordinador y colaborador, junto con el también desaparecido Luis Cervantes, y que me parece debe ser considerado como un clásico de la ciencia social en México, Política y des-ilusión (lecturas sobre Weber) de 1984. Todos estos trabajos, más su intensa labor desarrollada en la Universidad de Puebla, en la que fundó la revista Crítica Jurídica, no son más que el testimonio de esa cualidad que lo distinguió en el medio académico universitario y que no siempre fue bien comprendida y estimulada: la de idear proyectos, la de imaginar posibilidades y embarcarse en su búsqueda con una pasión tan vital como si en ello le fuese la vida.

Pero a la docencia y la difusión de ideas sumó otro rasgo de su perfil sociológico-político: la del polemista radical, la del discutiador incansable, la del provocador que buscaba abiertamente la polémica y la confrontación, aunque muchas veces no saliera muy bien de estos encuentros. A mi memoria llegan dos imágenes en las que aparecen aquellos

escenarios en los que le gustaba desenvolverse bajo esta faceta. La primera es la del Seminario del Estado, fundado y encabezado por Luis Cervantes, espacio por el que desfilaron figuras destacadas de la ciencia social actual y en el que participaban esencialmente profesores de los departamentos de Economía y Sociología. Un día fue invitado a presentar un texto del hoy multicitado y leído -pero quizá sólo comprendido por unos pocos- Niklas Luhmann. Su trabajo fue el centro de una encendida polémica que hizo de este Seminario un verdadero espacio de confrontación de las ideas. Entonces discutió y se peleó, pero sin perder de vista las proporciones de lo que ahí se trataba. En esos momentos aparecían con particular intensidad los aspectos quizá más difíciles de soportar de su personalidad: la fácil propensión a la agresividad de su neurosis, su ironía sangrienta e hiriente y su impaciente intolerancia ante los que lo interrumpían inesperadamente o él consideraba que simplemente no lo entendían. Pero por otro lado, ello nos habla de las exigencias que él imponía para dialogar y debatir, para estar a la altura de lo que pensaba y proponía, obligando entonces a tener que pensar en iguales o parecidos términos. Era, pues, en este sentido, como en otros, un hombre de compromisos totales, que se daba todo entero y que por ello detestaba la hipocresía la frivolidad y la falsedad. Era tan exigente en lo que pedía como en lo que daba: fuesen sus ideas, sus conocimientos o simplemente su amistad.

La otra imagen que llega a mi memoria es la del seminario dedicado a Habermas que organizamos juntos y que tuvo lugar entre octubre de 1988 y marzo de 1989 en el Departamento de Sociología. Este fue otro espacio en el que dio libre manifestación a varios de los rasgos más insoportables de su personalidad y que hicieron pasar momentos difíciles a nuestra relación personal. A pesar de todo, esta experiencia sirvió para fortalecer una amistad que nunca perderíamos.

Como infatigable hombre de proyectos, un día de 1985 se volvió a marchar del país. Esta vez a Viena, en Austria, donde permanecería dos años haciendo estudios de doctorado en Sociología. Ahí se convirtió de nuevo en estudiante y volvió a destacar por su obsesión por el estudio y la lectura. Regresó a México en 1987, una vez más cargado de sueños y proyectos. Ahora, sin embargo, su trabajo se dividiría entre la academia y la acción política encaminada a fundar, primero, un organismo no gubernamental encargado de defender los derechos humanos de los afectados por el virus de inmunodeficiencia humana (VIH). Su siguiente acción fue crear un periódico que convirtió en tribuna de la lucha que emprendió a través del organismo por él fundado. A partir de entonces y con más claridad, las teorías sociológicas en las que invirtió tiempo, estudiándolas, se convirtieron en medios intelectuales con los cuales esclarecer los objetivos de la guerra que empezó a librar contra la intolerancia e injusticia de una sociedad indiferente al dolor e invadida por una red burocrático-administrativa para la cual las personas sólo son números de expedientes. Habermas, Foucault, Norbert Elias, Alain Touraine, Pierre Bourdieu y otras destacadas figuras teóricas se convirtieron así en esas herramientas que no dudaba en utilizar al momento de entablar sus batallas. De esta experiencia y de su imaginación sociológica nació el primer libro que en México hace un estudio de los efectos sociales de la enfermedad que ha sido bautizada como el mal del siglo, El SIDA en México: los efectos sociales, UAM-A, Ediciones de Cultura Popular, México, 1988. Ahí escribió:

Aquí, con este libro, se estaría buscando crear [...] una estrategia ilustrada, buscando influir mediante la crítica en los espacios de poder: para que realmente se den los pasos y se tomen las medidas globales preventivas del síndrome de inmunodeficiencia adquirida; para despertar la solidaridad social -estatal y privada- con los enfermos y sus familiares; para desestructurar un conjunto de estereotipos y mitos que se fueron creando conforme la enfermedad transitaba de mal de unos cuantos a epidemia, y de ahí a pandemia.

Desde su regreso de Viena hasta el momento de su muerte, su vida se repartiría entre la acción política, guiada por esa "estrategia ilustrada", la academia (a la que cada vez dedicaba menos tiempo) y su última actividad, la de la difusión de la cultura, a la que llegó cuando fue nombrado director de la sección cultural de El Nacional en junio de 1992.

¿Cómo sintetizar, entonces, el perfil sociológico-político de este hombre? Me parece que no faltaría a la verdad si lo definiera como el de un intelectual específico que puso toda su inteligencia y conocimiento al servicio de las luchas y proyectos puntuales que emprendió. Desde el sindicalismo hasta la lucha en favor de los derechos de los contagiados por el VIH, pasando por la academia y la difusión cultural. Por cada uno de estos campos dejó una huella de su presencia y a través de su voz se expresaron todos aquellos que pelean por tener derecho a la palabra, por ser escuchados sin mediaciones ni intermediarios que anulan o neutralizan su discurso. Esta es precisamente la diferencia entre lo que Michel Foucault llamó el "intelectual específico" y la vieja figura del intelectual universal. Mientras que el primero no parte de una teoría general de la representatividad y es consciente de que interviene en aspectos o zonas claramente delimitados de la sociedad, pero sin intenciones jacobinas de dirección política, el segundo se obsesiona por encarnar la "conciencia general" de una sociedad y de ahí nace su pretensión de tener la verdad de lo que ocurre. Por razones ligadas a lo que ha sido la historia de la cultura de nuestro país, creo que lo que ha tendido a predominar entre nosotros es la figura del intelectual universal cristalizada, principalmente, en la voz de escritores. Hoy sin duda los mejores ejemplos son Octavio Paz y Carlos Fuentes. Sin demérito de ellos, me parece que ya es momento de que emerja y se consolide una figura distinta del intelectual en nuestro país. Los cambios que están teniendo lugar en México, de los que puede nacer una sociedad civil madura e independiente del Estado, condición para la formación de una esfera de lo público crítica, creo que así lo demandan. El hombre que a grandes trazos he dibujado aquí participó, desde sus capacidades, tanto en lo uno como en lo otro. Es decir, desde su actividad como intelectual específico se involucró en la formación de lo que gustaba llamar una esfera de lo público ante la cual el poder político gubernamental está obligado a legitimarse.

El doctor Francisco Galván Díaz nació en Mazatlán, Sinaloa, el 17 de abril de 1952 y murió en la ciudad de México el 21 de mayo de 1993. Sus amigos nunca lo olvidaremos.

CITAS:

[*] Profesor-investigador del Depto. de Sociología, UAM Azcapotzalco.